

FUNDAMENTOS BÍBLICOS DE LA VIDA COMUNITARIA

A raíz del concilio Vaticano II proliferaron los estudios sobre la comunidad y vida comunitaria. Ya en 1972, Alberto Barrios Moneo C.M.F., recogía unos quinientos títulos referidos únicamente a la comunidad religiosa¹. Cada año siguen apareciendo libros y artículos sobre la Iglesia o la vida religiosa como comunidad². Ciertamente urgía confeccionar una teología de la comunidad. No falta material para una articulación sistemática y orgánica de los componentes teológicos de la realidad comunitaria. Este interés creciente sobre el tema de la comunidad se preparó con el recurso a las grandes fuentes bíblicas, patrísticas y litúrgicas que permitieron redescubrir con gozo el sentido genuino de Iglesia. Todo llevó a corregir acentos desplazados durante tiempo hacia lo societario y visible: tan visible como la “república de Venecia” en el decir de Belarmino³ y recuperar los temas un tanto olvidados de Iglesia como pueblo de Dios, comunidad-comunión, misterio y misión. Según Y. Congar: “Por medio de la Biblia ha sido despertado nuevamente el concepto de pueblo de Dios, así como una actitud escatológica; por medio de los Padres, el concepto de la *communio*; por la liturgia, la idea de pueblo sagrado, de comunidad y de ‘misterio’; finalmente, la valoración realista de la situación de la pastoral ha producido un nuevo sentido dinámico de la tarea misional”⁴. Todo esto quedó plasmado

1. A. BARRIOS MONEO, *Bibliografía sobre la comunidad religiosa*, en AA.VV. *La comunidad religiosa*, Madrid, 1972, 334-358.

2. La última obra manejada sobre la comunidad: C. FLORISTÁN, *La Iglesia comunidad de creyentes*, Salamanca, 1999.

3. R. BELARMINO, *Disputationes de controversiis christianae fidei* (1586-1593). La definición que aprendimos en los catecismos, eran tributarias de la definición de Belarmino: “Coetus hominum eiusdem christianae fidei professione et eorumdem sacramentorum communione colligatus, sub regimine legitimorum pastorum ac praecipue unius Christi Vicarii, Romani Pontificis.” (*Controv. II*). citado en *Conceptos Fundamentales de Teología*² (= CFT) I, Madrid 1979, p. 718.

4. Y. CONGAR, Art. *Iglesia II*, historia de los dogmas. CFT², p. 721

y desarrollado en la constitución dogmática sobre la Iglesia del Vaticano II. La Iglesia “fue preparada admirablemente en la historia del pueblo de Israel y en la Antigua Alianza, constituida en los tiempos definitivos, manifestada por la efusión del Espíritu y que se consumará gloriosamente al final de los tiempos”⁵. Siguiendo la pedagogía de la Escritura y de los Padres, expone la naturaleza de la Iglesia desde la perspectiva de las figuras bíblicas en torno a dos grupos: el primero referido más a la Iglesia como comunidad de salvación y el segundo se fija más en la Iglesia como misterio o a su relación con Cristo. Entre las imágenes que resaltan la Iglesia como comunidad menciona figuras iniciadas en el Antiguo Testamento y desarrolladas en el Nuevo. En concreto menciona las de redil, rebaño-pastor; viña; edificación; ciudad nueva o Nueva Jerusalén. Entre las segundas subraya las imágenes de cuerpo de Cristo; nuevo pueblo con nueva alianza⁶.

El carácter comunitario de la Iglesia salta a la vista siguiendo los títulos de las capítulos de la *Lumen Gentium*. La Iglesia podría describirse como: el Misterio de salvación (cap. 1), que constituye el nuevo pueblo de Dios (cap. II), en el que el Espíritu Santo derrama sus carismas sobre pastores (cap. III) y pueblo (caps. IV, V) y crea así una corriente de santidad (cap. VI), que tiende a la consumación definitiva (cap. VII), cuyo tipo y figura perfecta es María, la Madre de Dios (cap. VIII).

Lo apuntado basta para sugerir elementos bíblicos a desarrollar la vida comunitaria. De hecho en este campo no partimos de cero. Existen diversos estudios bíblicos sobre la comunidad⁷. Es normal y lógico que al estudiar un mismo tema en las mismas fuentes se coincida en gran parte del contenido, la principal diferencia estará en la forma.

I. COMUNIDAD EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Tratando de buscar el punto de partida generador de una línea teológica veterotestamentaria sobre la comunidad lo encontramos en el acontecimiento *éxodo* considerado como un todo.

5. LG, n. 2

6. LG, n. 6.9

No es extraño que la preferencia por el uso de la terminología teológica sobre la elección la encontremos en el Deuteronomio y en la obra histórica deuteronomista¹⁰. El Deuteronomio “racionaliza”, piensa la fe, hace teología de las intervenciones históricas de Yahveh. Lo llamativo es que las constantes descubiertas en las intervenciones divinas suelen ser distintas a nuestras motivaciones de elección. Nosotros solemos elegir lo más propio, lo más adecuado, lo que nos parece mejor. Dios eligió a Israel para ser su pueblo de su propiedad y no por ser los más numerosos, sino gratuitamente, porque Dios se enamoró de él (Dt 7, 6ss; 10, 15; 14, 2...). El Deuteronomio interpreta la elección como acto absoluto y gratuito de Dios. El auténtico amor es gratuito, es llamada a la comunión, pero exige de Israel una respuesta clara: un amor indiviso, no compartido con otros dioses.

La elección es un don, podríamos decir que un privilegio, pero es algo más. Dios elige para una tarea, un servicio. Dios no elige a Israel para ponerlo aparte de los demás pueblos sino para que Dios viva entre los pueblos. Lejos de ser una cuestión honorífica, una dorada seguridad, es una obligación para toda la vida. Aparece claro en la predicación profética. *Amós* habla duramente contra los que, fundados en una falsa idea de elección, confiaban demasiado en sí mismos: “somos elegidos de Dios, nada nos puede pasar”. Entonces Yahveh por boca del profeta dice: “A vosotros solos os escogí entre todas las tribus de la tierra, por eso os pediré cuentas de todos vuestros pecados.” (Am 3, 2)

En el tema de la elección merece mención aparte el profeta *Deuterocónsolas*. La comunidad israelita se encuentra en un estado similar al de la esclavitud de Egipto. Israel es consciente de su elección pero se encuentra desalentado, añorando un pasado mejor, y esta actitud le quita energías para vivir el presente y cuestionándole el futuro. Lo que es peor, duda de la fidelidad de Dios: “mi suerte está oculta al Señor, mi Dios ignora mi causa” (Is 40, 27). El profeta del consuelo exhorta a no anclarse en el pasado, a salir del inmovilismo que asfixia a cualquier comunidad. Dios crea algo nuevo. Capaz es Dios de recrear un éxodo mejor, pero la comunidad deberá avanzar, abriendo caminos por el desierto.

La elección reaparecerá como *servicio* personificado en el misterioso personaje del “siervo de Yahveh”. Pero además de servicio la elección apa-

10. Pero es curioso que la escuela deuteronomista no hable nunca de la elección de Israel. La razón es que Israel, a lo largo de la monarquía no supo responder a la elección, fallando en el temor y amor a Yahveh. En cambio, si emplea *bjr* para referirse a David y a la elección de Jerusalén.

No es extraño que la preferencia por el uso de la terminología teológica sobre la elección la encontremos en el Deuteronomio y en la obra histórica deuteronomista¹⁰. El Deuteronomio “racionaliza”, piensa la fe, hace teología de las intervenciones históricas de Yahveh. Lo llamativo es que las constantes descubiertas en las intervenciones divinas suelen ser distintas a nuestras motivaciones de elección. Nosotros solemos elegir lo más propio, lo más adecuado, lo que nos parece mejor. Dios eligió a Israel para ser su pueblo de su propiedad y no por ser los más numerosos, sino gratuitamente, porque Dios se enamoró de él (Dt 7, 6ss; 10, 15; 14, 2...). El Deuteronomio interpreta la elección como acto absoluto y gratuito de Dios. El auténtico amor es gratuito, es llamada a la comunión, pero exige de Israel una respuesta clara: un amor indiviso, no compartido con otros dioses.

La elección es un don, podríamos decir que un privilegio, pero es algo más. Dios elige para una tarea, un servicio. Dios no elige a Israel para ponerlo aparte de los demás pueblos sino para que Dios viva entre los pueblos. Lejos de ser una cuestión honorífica, una dorada seguridad, es una obligación para toda la vida. Aparece claro en la predicación profética. *Amós* habla duramente contra los que, fundados en una falsa idea de elección, confiaban demasiado en sí mismos: “somos elegidos de Dios, nada nos puede pasar”. Entonces Yahveh por boca del profeta dice: “A vosotros solos os escogí entre todas las tribus de la tierra, por eso os pediré cuentas de todos vuestros pecados.” (Am 3, 2)

En el tema de la elección merece mención aparte el profeta *Deuteronomista*. La comunidad israelita se encuentra en un estado similar al de la esclavitud de Egipto. Israel es consciente de su elección pero se encuentra desalentado, añorando un pasado mejor, y esta actitud le quita energías para vivir el presente y cuestionándole el futuro. Lo que es peor, duda de la fidelidad de Dios: “mi suerte está oculta al Señor, mi Dios ignora mi causa” (Is 40, 27). El profeta del consuelo exhorta a no anclarse en el pasado, a salir del inmovilismo que asfixia a cualquier comunidad. Dios crea algo nuevo. Capaz es Dios de recrear un éxodo mejor, pero la comunidad deberá avanzar, abriendo caminos por el desierto.

La elección reaparecerá como *servicio* personificado en el misterioso personaje del “siervo de Yahveh”. Pero además de servicio la elección apa-

10. Pero es curioso que la escuela deuteronomista no hable nunca de la elección de Israel. La razón es que Israel, a lo largo de la monarquía no supo responder a la elección, fallando en el temor y amor a Yahveh. En cambio, si emplea *bjr* para referirse a David y a la elección de Jerusalén.

rece como amistad con Dios y con una misión universal: “ser luz de los pueblos” (Is 42, 6).

Notemos la pedagogía divina en la predicación profética: cuando Israel, se apoya en falsas seguridades, los profetas acusan, desenmascaran para provocar la conversión. En cambio, ante el desaliento y el desencanto, los profetas animan y alientan.

2. El pueblo ¹¹

Dios elige, escoge a Israel como *pueblo*. Sabido es que en hebreo existen dos palabras para designar una colectividad: `am y gôy. La palabra gôy se refiere más a los pueblos en general (Dt 26, 19; 28, 1; 32, 8; Is 14, 26; 40, 15ss; 60, 3; Sal 22, 28.29; 86, 9; 94, 10). Los *gôyim* son las naciones distintas a Israel. A Israel como pueblo se le designa con la palabra `am. El campo semántico de la palabra `am es muy rico, pero la traducción habitual del vocablo por *pueblo* no es del todo precisa. Parece ser que el sentido original es el de “pariente paterno; compañero de estirpe; extensión de la familia o parentela.” Y es este el sentido el que más debiera sonar, al menos como eco, cada vez que leemos la palabra pueblo correspondiente al hebreo `am.

La llamada de Dios a Israel como `am es una llamada a formar parte de su familia, a entrar más o menos en comunión de parentesco con Él. Dios se hace vulnerable y quiere que Israel sea su pariente defensor ante el mundo. Israel, como pueblo de Dios, es familia de Yahveh, parentela de Yahveh por pura gracia, por amor gratuito. Y detrás de la palabra amor ya no hay más palabras ni conceptos.

El libro del Éxodo es el más generoso en utilizar la palabra `am (175 x). Pero lo que más llama la atención es que antes de que el grupo heterogéneo, unido en el sudor y la explotación por parte de los egipcios, tomase conciencia de formar una comunidad, ya es llamado *pueblo* por Dios. “He visto la opresión de *mi pueblo*, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos. Y he bajado a librarlos de los egipcios, a sacarlos de esta tierra para llevarlos a una tierra fértil...” (Ex 3, 7-8). “Así dice el Señor: Deja salir a *mi pueblo*...” (Ex 5,1). Si Yahveh escuchaba el grito angustioso de este grupo y decide salvarlos, era porque consideraba a este grupo de personas afligidas como su propia familia. ¹² Así pues, “pue-

11. A.R. HULST, *`am / gôy Pueblo*. En: E. JENNI / C. WESTERMANN, *Diccionario teológico del Antiguo Testamento II*, Madrid 1978, 373-415.

12. N. LOHFINK, *Beobachtungen zur Geschichte des Ausdrucks `m Yhwh*, en: FS von Rad, 1971, 289.

blo” se puede definir como una comunidad de personas unidas entre sí por vínculos de origen, stirpe, parentela. Israel es transformado en pueblo de Dios por la libre elección y favor de Yahveh. Esta gracia debe mantenerse viva en responsabilidad fiel y obediente como servicio para salvación de todos los pueblos.

El peligro está en abrigar una concepción nacionalista popular, como si el ser admitido a ser `am de Dios fuese algo natural y la divinidad tuviera que proteger a su pueblo automáticamente.

Los profetas pusieron las cosas en su sitio. El tercer hijo de Oseas se llamará simbólicamente “no-pueblo-mío”: “porque vosotros no sois mi pueblo y yo no estoy con vosotros” (Os 1, 9). Pero la fidelidad de Dios siempre es mayor que cualquier infidelidad humana. Casi a renglón seguido el nombre negativo se convierte en positivo: “en lugar de llamarlos *no-pueblo-mío*, los llamarán hijos del Dios vivo” (Os 2,1b).

3. La alianza ¹³

Si nos preguntamos cuándo Israel fue constituido pueblo de Dios, cuándo ese grupo de fugados de Egipto con Moisés al frente, comenzó a tener conciencia y experimentar su entidad histórica convirtiéndose en verdadero pueblo, debemos responder en la Alianza del Sinaí.

Alianza traduce la palabra hebrea *b^erît* cuyo significado abarca: un contrato; convenio de solidaridad entre amigos; trato hecho entre reyes o naciones; acuerdo entre varios. En el campo religioso bíblico se va a convertir en uno de los grandes símbolos de las relaciones de Dios con los hombres, sin parangón fuera de Israel.

Las alianzas forman parte integrante de la vida humana en cuanto seres sociales que entran en relación. Una alianza es una relación en que se proponen, determinan y se aceptan los vínculos entre las partes implicadas.

En la alianza fundacional del Sinaí (19,1- 24, 11), Dios habla a Moisés. Israel acepta las palabras de Dios y Moisés así se lo transmite. Se expone el contenido del pacto (caps 20-23); se sella con sacrificios; se lee la alianza e Israel se compromete libremente. Es importante la conclusión (24, 1-11) con el doble rito del sacrificio y comunión con la vida de la divinidad manifestado con el rito de la aspersion de la sangre: al altar, símbolo de la divi-

13. L. ALONSO SCHÖKEL, *Diccionario bíblico hebreo-español*, Madrid 1994. A la palabra *B^erît* pp. 135-136. A. MELLO, “*L’alleanza sinaitica: aspetti comunionali*”, en: *Parola Spirito e Vita* (PSV) 31, 1995, 25-30

nidad y al pueblo. “Esta es la sangre de la alianza que el Señor ha hecho con vosotros mediante todas estas palabras” (24, 8).

El meollo de la alianza está en el “vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios”. Aunque se traduzca en futuro tiene fuerza de presente en proceso. Es decir, por la alianza Israel es formalmente comunidad de Yahveh en virtud de una pertenencia familiar y se está haciendo continuamente pueblo, familia de Dios. Lo seguirá siendo en la medida que sea fiel a Dios fiel, porque la alianza se desenvuelve entre dos polos: el precepto y la observancia. En el Deuteronomio se insistirá en las exigencias de fidelidad, de amor, de adhesión al Señor, de seguirlo.

Por la alianza Israel descubre a Dios como Dios *personal*. Se presenta como un “yo”; el pueblo puede invocarle como un “tú”. Israel será el pueblo de los que “tutean” a Dios en su oración como aparece en muchos salmos. A la vez, en el diálogo con Dios, el pueblo cobra conciencia de su personalidad, de su “yo” como pueblo. Lo mismo que el niño al llamarte “tú”, se hace consciente de su propio “yo”.

La alianza corre el riesgo de ser malentendida, tiene ciertos peligros. Está el peligro del nacionalismo, que de hecho, aparecerá en la historia de Israel, pero podemos apuntar otros peligros como:

a) Relación naturalista con Dios, de modo que los israelitas pudieran considerarse hijos de Dios por nacimiento, no por benevolencia divina.

b) Legalismo en las relaciones con Dios, como si por la alianza Dios se obligase automáticamente con el hombre. De este modo la religión se convertiría por la alianza en una especie de contrato de “do ut des”. Doy a la divinidad sacrificios y puedo sentirme seguro de su protección. Nunca podremos acotar la libertad de Dios ni merecer la alianza.

c) Institucionalismo: opinión por la que Dios se compromete con la alianza y ya no hace nada más. Una especie de compromiso con una ley de mínimos. Pero Dios es el siempre mayor, el Dios de las sorpresas.

d) Aunque no estrictamente peligro de la alianza, sino de la concepción de la retribución podríamos mencionar el diluir la responsabilidad personal en una vaga culpabilidad de los antepasados. Jeremías y sobre todo Ezequiel (cap. 18) insistirán en la responsabilidad personal.

Si *`am* había que traducirlo como pariente, los profetas entienden la *bêrit* en términos de alianza matrimonial de amor íntimo de Dios con el pueblo. Son los profetas los que levantan la voz denunciando un legalismo en las relaciones con Dios. El quebrantar la alianza será un adulterio, una prostitución. Pero, como sabemos, Dios es víctima de su propia fidelidad,

sigue amando a la esposa infiel. Oseas, cuya vida es una parábola del amor fiel de Dios, concluye sus oráculos con una afirmación que nos sorprende y desborda: “curaré su apostasía, los querré sin que lo merezcan” (Os 13, 5).

Pero los profetas se dan cuenta de que el pueblo no ha querido o no ha podido mantener la alianza y por su boca Dios promete una alianza nueva, obra de su amor y fidelidad eterna: una alianza inscrita en el interior, en el corazón del hombre que garantice la comunión de voluntades entre Dios y su pueblo. El agente será el Espíritu nuevo de Dios, principio vital de una nueva existencia, posibilitando lo que la ley externa no lograba (cf Jer 31, 31-34; Ez 36, 23-28). Entonces se hará realidad plena el “vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios.”

La realidad histórica del *Éxodo* de Egipto fue uno, pero encierra en sí una significación simbólica que proporciona una serie de categorías a la vez históricas y permanentes, que sirven para expresar otros hechos de salvación de la comunidad de la alianza¹⁴.

Las resistencias a la salvación que opusieron los israelitas del tiempo de Moisés, serán siempre amenaza permanente. Los israelitas tuvieron que superar diversas resistencias externas: la oposición del Faraón o del poder político; la oposición cósmica del mar y el largo desierto; la resistencia de los falsos profetas personificados en Bile`am. Pero el obstáculo mayor a la acción salvadora de Dios es el mismo ser humano que se encuentra a gusto en una cómoda esclavitud individualista. Lo que más le costó a Moisés no fue sacar a los israelitas de Egipto, sino a Egipto del corazón de los israelitas.

El desaliento, el desánimo, la murmuración es una especie de enfermedad contagiosa que rompe la unidad comunitaria. En una palabra, la incredulidad se opone al plan de Dios; es la principal amenaza que, ayer como hoy, acecha a la comunidad de Dios.

Sabemos que al final Dios llevará a cabo su plan, pero no sin la colaboración fiel del ser humano.

14. Para este tema me he servido de: J. SÁNCHEZ CARO - A. URBÁN - A. LÓPEZ: *El Triple Éxodo*, Notas ciclostiladas bajo la dirección de L. ALONSO SCHÖKEL, PIB, Roma 1968-69.

II. COMUNIDAD EN EL NUEVO TESTAMENTO

Los datos bíblicos para el estudio de la comunidad en el Nuevo Testamento se ensanchan notablemente. La manifestación más maravillosa es que Dios es comunidad y nos llama a compartir su vida íntima comunitaria como hijos y hermanos. La elección se ha dilatado a todos los confines de la tierra sin ningún tipo de frontera. Todos estamos llamados a ser pueblo de Dios, parientes, hijos de Dios en el Hijo y, por consiguiente hermanos de todos los hombres.

Uno de los modos de estudiar la comunidad en el Nuevo Testamento sería proseguir las líneas enumeradas en el Antiguo Testamento y comprobar cómo se llevan a cumplimiento pleno. Así, al hablar de la Iglesia, el Vaticano II hace alusión al acontecimiento éxodo: “Así como al pueblo de Israel, según la carne, peregrinando por el desierto, se designa ya como Iglesia (cf 2 Esdr 13, 1; Nm 20, 4; Dt 23, 1ss), así el nuevo Israel, que caminando en el tiempo presente busca la ciudad futura y perenne (Cf Hb 13, 14), también es designado como Iglesia de Cristo (Cf Mt 16, 18)...”¹⁵. También en el documento “*Congregavit nos in unum Christi amor*”, sobre la vida fraterna en comunidad, indica: “Al igual que Israel, liberado de Egipto, llegó a ser pueblo de Dios después de haber caminado largo tiempo en el desierto, bajo la guía de Moisés, así también, la comunidad, dentro de la Iglesia, pueblo de Dios, está constituida por personas a las que Cristo ha liberado y ha hecho capaces de amar como Él, mediante el don de su Amor liberador y la aceptación de aquellos que Él nos ha dado como guías”¹⁶.

Aunque brevemente, sería este el momento de insinuar el problema que, a veces, se ha planteado sobre la continuidad o discontinuidad entre el Antiguo y Nuevo Testamento. ¿Existe una única alianza de la que nace el único pueblo de Dios, la única comunidad de Dios, o el acontecimiento Cristo supone una ruptura? ¿Se da continuidad o diversidad? Pienso que pueden ser válidas las tres dimensiones indicadas por A. Vanhoye para el cumplimiento cristiano¹⁷. Y es que no se trata de abrogación o continuidad

15. LG II *De populo Dei* n. 9. Para la historia de la recuperación del tema del Pueblo de Dios y su desarrollo recomendamos el artículo de J. ESQUIZA: “El Concilio Vaticano II y su nuevo marco de comprensión de los laicos: una eclesiología del Pueblo de Dios y de misión.” LUMEN, 1998, 139-170.

16. CIVC, *La vida fraterna en Comunidad*, Madrid 1994, p. 31

17. A. VANHOYE: “Culto antico e culto nuovo nell’Epistola agli Ebrei”, RIVISTA LITURGICA, 65, 1978, 595-608. Resumido en SELECCIONES DE TEOLOGÍA, 1980, 252-256.

sino de cumplimiento. Las realidades del Antiguo Testamento se cumplirán en el Nuevo siempre que se den estas tres dimensiones: 1) *Semejanza*: relación de parecido y continuidad; 2) *Diferencia*: no repetición de lo que se hizo, sino cambio de nivel; 3) *Progreso*: se superan los límites e imperfecciones antiguas con un progreso decisivo e imprevisible que manifiesta la creatividad infinita de Dios. Semejanza, diferencia, superioridad son elementos imprescindibles para que se dé un verdadero cumplimiento en la relación de ambos testamentos.

Aplicándolo a nuestro caso sería fácil establecer estas tres dimensiones en las líneas establecidas como esenciales en la comunidad veterotestamentaria: elección; pueblo de Dios y alianza.

1. La comunidad de Jesús

Jesús reunió en torno a sí una pequeña comunidad de discípulos. Llamó a los que quiso para que lo acompañaran, es decir para que vivieran con él y como él (cf Mc 3, 113-14). ¿Cómo era la comunidad que eligió Jesús?¹⁸. Jesús sigue las constantes de Dios en su elección: no los mejores humanamente hablando, sino débiles instrumentos con la finalidad de proseguir su obra. No escoge un grupo homogéneo, los discípulos son diversos por su procedencia, mentalidad, temperamento, estado social, etc.; diversos en su manera de pensar, sentir y actuar. Tal es, lo que podríamos llamar la materia prima de lo que será la primera comunidad cristiana.

Sabemos que Jesús va a ofrecer una alternativa comunitaria de validez universal basada en el compartir, el servicio y la solidaridad, pero sus discípulos no eran de mejor percal que el resto de los judíos de su tiempo. ¿Cuál fue la pedagogía de Jesús? Jesús mostró interés cordial por las personas y supo crear vínculos de amistad. Se preocupó por las personas brindándoles su amistad. Decir amistad es hablar de abrir el corazón, de confidencialidad: “A vosotros os ha sido dado conocer los misterios del reino de los cielos.” (Mt 13, 11). Para su comunidad no tiene secretos.

Jesús conoce a las personas y las acepta como son, no como deberían ser. Siguiendo los diálogos con los discípulos en particular, se ve que Jesús no nivela, respeta el crecimiento personal de cada uno. No impone, no fuerza, sabe esperar y confiar. Se interesa por sus conversaciones corrigiendo con amor sus intereses ramplones o sus expectativas equivocadas

18. Resumen ideas del precioso articulo de J.M. GUERRERO: “Jesús como animador de la comunidad de los doce”. VIDA RELIGIOSA, Boletín informativo, vol 51, 1981, 453-457.

del Reino, llevándoles hacia el diálogo profundo a nivel de sentimientos. Tiene gran respeto con las personas en crisis e incluso cuando fallan reorienta la vida sabiendo que para empezar nunca es tarde.

Aun corriendo el riesgo de esquematisar en exceso, podríamos resumir el proceso de la comunidad de Jesús siguiendo los sinópticos. El evangelio de **Marcos** nos lleva a fascinarnos por la persona de Jesús y a seguirle aceptándole como Mesías, siervo que ha de morir y resucitará. Los seguidores proseguirán su misión mesiánica desarrollada entre una entrada y salida de este mundo por la escalera de servicio, y... nos dejó la escalera.

En el evangelio de **Mateo** descubrimos el *espacio* del seguimiento: en una comunidad (=Iglesia). La comunidad cristiana es el nuevo Israel. Jesús, el “Dios-con-nosotros” (1, 22-23; 18, 20; 28, 20), el nuevo Moisés que sube al monte para proclamar a los discípulos su programa de vida: las bienaventuranzas. Este programa lo debemos desarrollar en nuestra vida “actual” del desierto, camino hacia la paz y la dicha de la tierra prometida (caps. 5-7). Se impone una opción entre la plenitud de la ley o las viejas tradiciones.

Todo con vistas a la *misión* con el anuncio de la paz y salvación gratuitas (cap 10).

La misión es para construir el Reino expresado en *parábolas* (cap 13). El Reino es el verdadero tesoro por el que merece la pena arriesgarlo todo. Pero este Reino se vive en *comunidad*. Es una comunidad de “pequeños”, donde procuraremos que nadie se pierda; donde ofrecemos y recibimos el perdón. Experimentando la presencia de Jesús en la comunidad de un modo eficaz en la oración común (cap. 18).

Viviendo y construyendo la comunidad se hará realidad la venida definitiva del Reino (caps 24-25). Lo hemos de esperar con vigilancia activa; en actitud de servicio, sabiendo que en el último día se nos juzgará por el amor activo manifestado a los más necesitados de amor con quienes se identifica el mismo Jesús.

Vivir hoy el evangelio de Mateo es experimentar el gozo de formar parte de la comunidad creada por Jesús, creyendo que él está y estará con nosotros hasta el fin del mundo.

Si Mateo insistía en el espacio del seguimiento, **Lucas** recalca el *tiempo*: nuestro hoy.

La comunidad en el evangelio lucano es una realidad dinámica, en viaje hacia Jerusalén y, desde Jerusalén con la fuerza del Espíritu hasta el fin del mundo.

Pertenecer a la comunidad de Jesús es seguir hoy su camino, libres de superfluidades, sin dilaciones, sin volver la vista atrás. Comprometidos con

Jesús, todos somos enviados a anunciar su buena Noticia de la paz, en fraternidad, apoyados en la fuerza de la palabra del que nos envía (Lc 10, 1-24). Ser hoy miembro de la comunidad de Jesús es acercarse a todo el que necesita mi “proximidad” aunque sea “samaritano” (10, 25-32). Para lograrlo es necesaria la escucha de la Palabra que lleva al diálogo de la oración (10, 38-11, 13). Jesús ora a lo largo de toda su vida y enseña a orar permitiéndonos dirigirnos a Dios con la intimidad con que él lo hace. Porque Jesús ha venido a hacernos hijos y hermanos ofreciéndonos a todos la alegría del perdón y el reencuentro festivo en la casa del Padre (15).

Al celebrar con los suyos la Pascua al final de su camino, Jesús instituye la Eucaristía, banquete de la nueva alianza en su sangre, con las exigencias de servicio, de fe viva y vivificante.

Sabemos que los discípulos de esta comunidad no entendieron nada. Será el Espíritu quien les abra el sentido de las escrituras, les confirme en la fe y les colmará de la energía divina para proclamar las maravillas de Dios hasta el confín del mundo. El Espíritu les hace ser conscientes de lo que es ser comunidad y perseverar en:

- la fidelidad a la enseñanza apostólica
- en la oración litúrgica y personal
- en la comunión de vida y de bienes
- en la “fracción del pan” (Hch 2, 42-47; 4, 32-35; 5, 12-16)

Las comunidades cristianas de todos los tiempos mirarán a estos “sumarios” del libro de los Hechos de los Apóstoles como patrón e ideal de vida¹⁹.

Juan²⁰, por su parte, indica que escribe su evangelio para que creamos que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y con esta fe tengamos vida gracias a él (Jn 20, 31). El creyente, por serlo, recibe una nueva vida divina, nace

19. Para ampliar el estudio de los “sumarios” de los Hechos de los Apóstoles recomendamos los estudios: J. DUPONT, “*La communauté des biens aux premiers jours de l’Eglise*” en *Études sur les Actes des Apôtres*, Paris 1967, 501-517. *Id.*, “*L’union entre les premiers chrétiens dans les Actes des Apôtres*”, *NRTh* 91, 1969, 897-915. M. MANZANERA, “*Koinônia en Hech 2, 42*”. *Notas sobre su Interpretación y origen Histórico-Doctrinal*, *EE* 52, 1977, 307-329. De un modo claro y sencillo: M. GOURGES, *Misión y comunidad. Hch 1-12*, CB 60, Estella, 1988.

20. J. MATEOS - J. BARRETO, *El Evangelio de Juan*². Madrid 1982. Aludiendo a los capítulos 13 - 14 indica: Pueden llamarse “La nueva comunidad: fundación y camino”. “Termina con las palabra de adiós (14, 17-30) y la invitación a salir del lugar en que se encuentran (14,31) para seguirlo en el éxodo en que él abre la marcha y que tiene como meta el Padre”. p. 583 Ver también R. SCHNACKENBURG, *El Evangelio según San Juan*, III, Barcelona 1980. X. LÉON-DUFOUR, *Lectura del Evangelio de S. Juan*, III. Salamanca 1994. Titula el capítulo 13 como “Jesús funda la comunidad de sus discípulos”. 21.

de nuevo, pero el creyente no está solo, como Jesús no lo estuvo nunca. El creyente vive en comunidad con los demás creyentes.

La doctrina acerca de la comunidad fundada por Jesús adquiere en el evangelio de Juan una hondura excepcional. Es en el discurso joánico de despedida donde se establece la comunión duradera de los discípulos de todos los tiempos con Jesús. Se podría esquematizar:

- La nueva comunidad (13,1 - 17, 26)
- Nueva comunidad: fundación y camino (caps. 13 y 14)
 - Lavatorio: comunidad no de poder sino de servicio
 - Ley fundamental de la comunidad: mandamiento nuevo
 - Práctica del amor como itinerario comunitario continuando el éxodo de Jesús.
 - Presencia del Padre y de Jesús en esta comunidad en camino
- Nueva comunidad en medio del mundo (caps. 15 y 16)
- La comunidad en un mundo hostil como nuevo pueblo de Dios
- Comunidad que, unida a Jesús, debe crecer, producir fruto.
- Comunidad de amigos de Jesús que permanecen en el amor.
- Comunidad sostenida por el Espíritu en medio del odio del mundo.
- Alabanza y oración de Jesús (17)
 - Oración por la comunidad presente
 - Oración por la comunidad del futuro.

Al querer formular sus últimos pensamientos, Jesús empieza por constituir su propia comunidad y lo hace alrededor de una mesa al atardecer donde no sólo comparte alimento, sino ideas y sentimientos íntimos. Es una comunidad constituida sobre el fundamento del ejemplo del don de sí. Al darnos ejemplo del lavatorio de los pies espera que su comunidad reproduzca la disponibilidad fundamental y efectiva de estar unos al servicio de los demás. Serán objeto de la primera bienaventuranza joánica si lo llevan a la práctica.

La ley fundamental de la nueva comunidad es un mandato nuevo. En la biblia cuando se habla de algo *nuevo* suele referirse a realidades de salvación escatológicas ya presentes. Jesús hace de su amor el fundamento y fuente del amor de sus discípulos. Cumplir el mandamiento del amor no es para subordinados sino para enamorados. El amor nuevo es el mandamiento de la alianza definitiva inaugurada y realizada por Jesús.

Jesús se va, la comunidad vivirá en un mundo hostil. No debemos temer. Jesús nos prepara lugar en la casa del Padre que es nuestro destino. El camino para llegar es Jesús mismo y se recorre asimilando su entrega, su

solidaridad con los hombres, su amor hasta el final. Él va con su comunidad en el camino, su amor se asocia al itinerario.

En la tensión con el mundo, la comunidad sentirá el apoyo del Espíritu realizador de la comunión entre Jesús y los suyos. En comunión con Jesús la comunidad dará fruto. La unión recíproca del Hijo con los discípulos tiene su prototipo en la íntima relación del Padre y del Hijo.

La comunidad experimentará momentos de cercanía y lejanía de Jesús, aunque la ausencia sentida es un modo de presencia, sobre todo cuando la ausencia es la del Viviente.

Si los discursos de despedida de Jesús son sublimes, la emoción sube de tono en la oración de Jesús en la que ruega al padre por la comunidad presente y futura: “que sean uno como lo somos nosotros”. La unión del Padre y del Hijo es perfecta, y es modelo para los miembros de la comunidad. La unión del Padre y el Hijo en el Espíritu constituye la comunidad perfecta. Una comunidad cristiana dividida es una “anticomunidad”. Los individuos unidos en comunión forman una realidad mayor que la suma de individuos. El humano en donación de sí mismo encuentra su identidad original como hijo del Padre y, de algún modo, como Padre dando vida encuentra vida. Este don de sí mismo es dinámico, va creciendo en amor. El amor es la única norma no normada y él único camino de Jesús.

La unión con Jesús en el Espíritu identifica la comunidad con Jesús y con el Padre haciéndolos presentes, irradiando su amor, su creatividad, su vida dada al mundo. Sólo una comunidad así llevará al mundo a la fe en Jesús como enviado del Padre. “Que sean todos uno, como tú Padre, estás identificado conmigo y yo contigo, para que también ellos estén con nosotros,... que sean uno como nosotros somos uno –yo con ellos y tú conmigo–, para que queden realizados en la unidad y así el mundo crea que tú me enviaste y así conozca el mundo que tú me enviaste y que les has demostrado tu amor como me lo has demostrado a mí” (17, 21-23).

“En la comunidad de Jesús cada uno posee a los demás a través del amor, porque cada uno regala su vida a todos, como el Padre, que es Espíritu (4,24), da su Espíritu a Jesús (1,32) y Jesús se entrega y entrega su Espíritu a los hombres (10, 11; 19,30). Cada uno es dueño de su vida, su máxima riqueza, para entregarla; de esa manera todos tienen en común la riqueza de todos. Tal es el patrimonio de la comunidad, las vidas puestas en común”²¹.

21. J. MATEOS - J. BARRETO, *o.c.*, p. 530.

2. Koinônia - comunidad²²

Con frecuencia los autores al tratar de la comunidad cristiana hablan de *koinônia*, pero a veces se quedan únicamente en la *koinônia* horizontal de los sumarios de los Hechos de los Apóstoles o no expresan suficientemente los textos neotestamentarios que tratan el tema. Sin embargo, la esencia del cristianismo se puede resumir en esa palabra que admite muchos matices de traducción, pero quizá la palabra más cercana sea la de comunidad, solidaridad, no en el sentido de asociación sino de participación de algo de los que otros también participan²³.

De las 18 veces que aparece el término en el Nuevo Testamento: 13 en el cuerpo paulino, 1 en Hechos, 1 en Hebreos y 3 en la primera carta de Juan, la preferencia del término por Pablo es clara. No debemos extrañarnos que se le considere el teólogo de la comunidad. Para el Apóstol la *koinônia* es una categoría que resume la existencia cristiana de ser-con y ser-para Dios y los hermanos. Sabemos por sus cartas cómo ponía todo su empeño por relacionar a las comunidades recién fundadas con las ya existentes, y con la Iglesia madre de Jerusalén, procurando mantener viva una conciencia comunitario-ecclesial²⁴.

Pablo es consciente y ha experimentado la novedad comunitaria manifestada en Cristo Jesús; sabe y predica que esa es la vocación cristiana: “Fiel es Dios, y él os llamó a la comunidad (= *koinônian*) de su Hijo, Jesucristo, Señor nuestro” (1 Cor 1, 9). Esta comunidad cristocéntrica, es a la vez una realidad presente y futura. Presente porque comienza, crece y se va constituyendo en el tiempo; futura porque la comunidad perfecta y total sólo tendrá lugar al final de los tiempos.

22. Sobre la *Koinônia* existen muy buenos estudios monográficos. Es cierto que quizás se ha abusado de la palabra sin tener en cuenta toda la síntesis teológica que representa. Así L. GUTIÉRREZ VEGA, indica: “Después del Concilio Vaticano II se ha producido una inflación del tema, usando y abusando de la palabra griega *koinônia*”. *Unidos en el Espíritu: comunión y crecimiento espiritual de la comunidad religiosa*. En: *Ungidos por el Espíritu. Identidad carismática de la Vida Religiosa*. Madrid 1989, p. 175. Entre las monografías cito sólo las que más me han ayudado: S. MUÑOZ IGLESIAS, *Concepto bíblico de “Koinônia”*, en XIII Semana Bíblica Española. El Movimiento Ecumenista, Madrid 1953, 195-223. G. PANIKULAM, *Koinônia in the New Testament. A dynamic Expression of Christian Life*, Rom 1979.

23. W. BAUER, *Griechisch-Deutsches Wörterbuch zu den Schriften des Neues Testaments*, Berlin 1958, cols. 867-869.

24. E. FRANCO, *Comunione e Partecipazione. La koinônia nell'epistolario paolino*, Brescia 1986.

Existe un curso teórico-práctico sobre la comunidad en el N.T. que recomendamos a las comunidades: MISSIONARI OBLATES OF MARY IMMACULATE, *New Testament Way to Community*, Hurstville, Australia, 1976.

Para Pablo los diversos modos de responder a la comunidad con el Hijo serán: vivir la comunión fraterna en la fe (Flm 6); la comunión en la Buena Noticia (Flp 1, 5); comunión en compartir lo que se tiene con otras comunidades necesitadas (2 Cor 8, 4; 9, 13; Rm 12, 13; 15, 26), comunión en el Espíritu (2 Cor 13, 13; Flp 2,1); comunión en la Eucaristía, constructora y signo de la comunidad (1 Cor 10, 16) y comunión con los sufrimientos de Cristo como medio para llegar a una comunión con su gloria de la resurrección (Flp 3,10).

La soteriología y eclesiología paulina pueden resumirse en vivir la comunidad, la *koinônia*. Comunidad con Cristo es para Pablo salvación y confraternidad con otros en Cristo el ideal de la comunidad cristiana.

El culmen de la *koinônia* lo encontramos en 1 Jn 1,3. Es el único texto de la Biblia que tiene la osadía de hablar de vivir una comunidad con Dios. “Lo que vimos y oímos os lo anunciamos también a vosotros para que compartáis nuestra vida, como nosotros la compartimos con el Padre y con su Hijo Jesucristo”. La comunión de los hermanos en Cristo lleva a la comunión de vida con el Padre. Jesús es el punto focal de la comunidad cristiana como centro de la comunión del hombre con Dios y de la comunión de los hombres entre sí.

Por la encarnación el Hijo eterno de Dios se ha unido, ha compartido, asumido nuestra naturaleza humana. Por la encarnación Dios hizo de la persona del Hijo lugar de comunión entre los hombres y por la encarnación nos ha hecho “partícipes de la naturaleza divina” (2 P 1, 4) posibilitando la comunidad entre Dios y el hombre en Cristo.

Resumiendo la originalidad de la comunidad neotestamentaria. Su origen es divino, no humano. La comunidad cristiana no es una reunión más o menos fortuita para compartir intereses comunes o lograr metas que no alcanzamos solos; es la unión de aquellos que Dios ha llamado a la comunión con Él por su Hijo y en su Hijo con los demás. La iniciativa proviene de Dios fiel que nos da a su Hijo. La encarnación es el primer momento del ideal de comunidad hecho realidad y que llega a plenitud en la muerte y resurrección de Cristo. La eficacia de estos acontecimientos nos posibilita participar de esta comunidad por el bautismo en el que fuimos sepultados y conresucitados con Cristo. El poder de su resurrección nos lleva a comulgar con sus sufrimientos en esta vida.

Ante la iniciativa de Dios que nos brinda vivir en su comunidad, nuestra mejor respuesta es construir y vivir la comunidad cristiana en fe y amor con la esperanza de lograr el don de la comunidad definitiva. Esta respuesta, imposible por los medios humanos, la posibilita el Espíritu. Es el Espíritu quien da a la comunidad cristiana su eficacia y dinamismo, su fidelidad y

su creatividad. Es el Espíritu quien nos mantiene en el sí del Hijo al Padre y en el sí del Padre en el Hijo a la humanidad. El Espíritu concede continuidad y crecimiento a la comunidad presente haciendo de algún modo visible el cumplimiento final de la comunidad definitiva.

Si la relación entre Dios y los hombres se ha transformado en la persona de Cristo, también son nuevas las relaciones interhumanas. El hecho de que Dios en Cristo asumiese todo lo humano, menos el pecado por ser antihumano, puso fin a la dicotomía entre santo y profano (Hch 10, 14.15), lo sagrado y lo profano. En Cristo se han roto las barreras entre circuncisos e incircuncisos; ya no debe haber diferencias basadas en nación, raza o sexo sino una verdadera comunidad: no de esclavos sino de hermanos, no de condenación sino de salvación universal. Y, sin embargo, la comunidad cristiana no uniforma, da cabida al pluralismo de pensamiento y tareas (Gal 2, 9.10), nos abre a nuevas experiencias de unidad en la diversidad creciendo como miembros diversos de un mismo cuerpo: “siendo auténticos en el amor crezcamos en todo aspecto hacia la cabeza, Cristo” (Ef 4, 15). Sólo así la comunidad cristiana dará testimonio en un mundo posmoderno y fragmentado interpeleándole constantemente e invitándole a la solidaridad de los salvados, de los que experimentan ya presente lo que esperan gozar en plenitud: “Yo seré su Dios y él será mi hijo” (Ap 21, 7).

Nos hemos limitado a los rasgos fundamentales sobre la comunidad en la biblia. Ser miembros de la comunidad, según la biblia, es ser elegidos como miembros del pueblo de Dios, beneficiarios de su alianza; es participar en las relaciones interpersonales profundas de vida y amor con Dios y con los hombres. Por Cristo en el Espíritu somos hijos y hermanos. Esta comunidad no es el logro de nuestro esfuerzo, es sobre todo don de Dios. Como todo don de Dios exige nuestra respuesta, nuestro esfuerzo por construir la comunidad que Él soñó. La comunidad cristiana la vamos haciendo día a día, asumiendo los gozos y penas cotidianos, descubriendo relaciones nuevas con Dios y los hermanos.

Quisiera concluir con la oración que Ettore Franco pone al final de su tesis doctoral: “*Comunión y participación*”²⁵ recogiendo los principales textos paulinos sobre la esencia de la comunidad:

25. E. FRANCO, *o.c.*, p. 295:
*Ti ringraziamo, Padre nostro,
perché ci hai chiamato alla comunione con il Figlio tuo
e ci hai donato la caparra dello Spirio Santo
per far di noi,
attraverso la comunione con il corpo e il sangue del Cristo,
un solo corpo, la tua chiesa*

“Te damos gracias, Padre nuestro,
porque nos has llamado a la comunión con tu Hijo (cf 1 Cor 1, 9)
y nos has dado las arras del Espíritu Santo (cf 2 Cor 1, 22; 13, 13)
para hacernos,
por la comunión con el cuerpo y sangre de Cristo, -
un solo cuerpo, tu Iglesia (cf 1 Cor 10, 16s).
Por eso te pedimos:
que nuestra participación en el Evangelio (cf Flp 1, 5) sea activa
en reconocer todo el bien que hay en nosotros
en relación con Cristo (cf Flm 6)
y que nuestro amor crezca cada vez más (cf Flp 1, 9)
compartiendo con las necesidades de los pobres (Rm 12, 13)
y teniendo un corazón unánime y el mismo sentir (Flp 2, 2)
de modo que,
por la comunión con los padecimientos de Cristo,
podamos compartir su resurrección (cf Flp 3, 10ss; 1 Cor 1, 7)
A Ti la gloria por Jesucristo nuestro Señor
en la unidad del Espíritu Santo
ahora y por los siglos de los siglos. Amén.”²⁵

Fr. José Luis MONGE GARCÍA
Monasterio de Viaceli
39320 CÓBRECES (Cantabria)

*che la nostra partecipazione al vangelo diventi operosa
nel riconoscere tutto il bene che c'è tra noi
in relazione a Cristo
e che il nostro amore cresca sempre più
condividendo le necessità dei poveri
e avendo con un cuor solo lo stesso sentire
in modo da diventare,
attraverso la comunione con la passione di Cristo,
compartecipi della sua risurrezione
A Te la gloria per Gesù Cristo nostro Signore
nell'unità dello Spirito Santo
ora e nei secoli dei secoli. Amen.*